

Otra Vez Juan Luis

Para variar, monseñor Cipriani la emprendió contra la comisión de la OEA.



Nuevamente, el arzobispo de Ayacucho soltó la lengua.

SI en nuestro país no hubiera habido desaparecidos, ejecuciones extrajudiciales, infames coches-bomba, misteriosos ensañamientos del Poder Judicial, hostigamiento contra periodistas, alucinantes chuponeos telefónicos, torturados que hablan en el umbral de su sufrimiento, abusos policiales y militares, brutalidades de los grupos terroristas.

Si viviéramos en una democracia real, efectiva, altruista, solidaria con los más necesitados, estable, con garantías para ricos, pobres y magistrados, con poderes que se controlan civilizada y mutuamente, con posibilidades de decir "sí" o "no" en un referéndum, con capacidad de sancionar a quienes delinquen, sin meterlos en un hoyo sin fondo y vacío de esperanza.

Si todo esto fuera así, entonces los temores, las preocupaciones -siempre constantes- de monseñor Juan Luis Cipriani con respecto a los organismos de Derechos Humanos serían dignos de admiración. Al decir "que vengan a visitarnos pero no a fiscalizarnos" nos estaría defendiendo a todos de la suspicacia, de la mala fe. Merecería, incluso, un asiento en una hipotética Coordinadora Nacional de Derechos Humanos para tiempos felices.

Pero ocurre que esa retahíla de hechos lamentables todavía forma parte de nuestra urgida realidad. Se filtran no sólo "por dos o tres medios de comunicación" sino que envuelven el aire que respiramos. Y lo que es peor: en muchos casos arruinan vidas que deberían estar cargadas de sonrisas y proyectos.

Quienes muestran que esto sucede no tratan de "empañar la imagen de nuestro país"; más bien tratan de amarlo con todas sus fuerzas, quieren ver sus partes oscuras para no perder la dimensión de su belleza. Como en todo amor, es probable que surjan excesos, pero, ni por asomo, son comparables a los extremos a los que suele llevar la indignidad del abuso.

Los derechos humanos son para todos -policías, huérfanos, viudas, presos, campesinos, sacerdotes, taxistas, generales, quien sea- justamente porque, siendo humanos, no admiten exclusión. La única posibilidad de que la Comisión Interamericana de Derechos Humanos se ocupe de todos ellos es que se convierta en Dios, de modo que pueda velar, en todo tiempo y espacio, por su cumplimiento.

Como no puede hacerlo, procura juntar datos, hablar con la mayor cantidad posible de personas, escuchar testimonios y, de paso, frases hirientes. Lo triste es que éstas provengan de un representante de la Iglesia, una institución que, como es público, se ha comprado el pleito de los derechos humanos hasta las últimas consecuencias.

No será un pecado, pero por lo menos es una ligereza, que no hará sino acicatear la defensa de la libertad y la vida, una causa por la que sí vale la pena ser indoblegables, persistentes, hasta tozudos. Gracias a Dios (**Ramiro Escobar**)

12 de Noviembre, 1998 - N° 1542